

AUTORA	María Josefa Valenzuela, Marquesa de Sonora
TÍTULO	<i>Elogio de la Reyna Nuestra Señora</i>
DATOS BIBLIOGRÁFICOS	Madrid, en la Imprenta de Sancha, 1796
EJEMPLAR	Biblioteca Nacional de España, VC/2552/31, [4], 16 p., 8°.
NOTAS	El ejemplar no tiene paratexto en sentido estricto, excepto la portada.
EDICIÓN	Marie-Laure Acquier
RESPONSABLE	María D. Martos Pérez



[h. 1r] [En blanco, con signatura manuscrita de la Biblioteca Nacional de España y sello de la misma]

[h. 1v] [En blanco]

[h. 2r] [Cubierta]

Elogio de la Reyna Nuestra Señora

[h. 2v] [En blanco]

[h. 3r] [Portada]

Elogio de la Reyna Nuestra Señora formado por la excelentísima señora Marquesa de Sonora, viuda, y leído en la Junta pública de distribución de Premios de 17 de marzo de 1796.

[Adorno tipográfico en forma de cuadrado]

En Madrid en la Imprenta de Sancha Año de MDCCXCVI. [1796]

[h. 3v] [En blanco]

[h. 4r] [s. p.]

Si la dificultad de escribir la vida, o de referir las acciones y conducta de los monarcas con severa imparcialidad en los tiempos que florecen, o inmediatamente después que han pagado el tributo común a todos los mortales, asustó la inflexible severidad del inimitable Tácito; y si Plinio solo pudo pronunciar en honor del inmortal Trajano, un panegírico que no ha desmentido la posteridad, ¿cuál deberá ser hoy mi confusión, al verme constituida en la necesidad de hacer el tercer elogio de María Luisa de Borbón, nuestra soberana, a cuya mano liberal soy deu- [p. 2] -dora de tantos y tan señalados beneficios?

Sin embargo, no me arredra el temor de incurrir en la vil adulación de elogiar virtudes o prendas que la posteridad imparcial desmienta.

En el carácter mismo de nuestra Reina abundan prendas dignas de un elogio más amplio y elocuente que el que vais a oír, sin que sea necesario entrar en el estrecho círculo de sus virtudes domésticas, delineadas con tanta verdad y gracia en los dos años precedentes; porque si las costumbres modernas dispensan al bello sexo (no sé por qué desgracia) la falta de heroísmo, la historia nos recuerda que la naturaleza no les ha rehusado estos dones, de que comúnmente las despoja una educación mal dirigida.

[p. 3] Podrían bastar las virtudes comunes para formar el elogio de una señora de menos elevada clase y dignidad; pero el de una soberana debe componerse de acciones conocidamente grandes y sublimes por su naturaleza, y por su utilidad pública.

Yo descubro en aquella grandeza de alma, en aquella fortaleza, en aquella igualdad en la varia fortuna de los sucesos humanos, acreditada con tanta edificación y gloria en toda la serie de sus afectos y acciones, e[] compendio de las mayores virtudes que constituyen su más digno y honroso carácter.

Este don del cielo, a quien solo su nombre define completamente, es el que en todos tiempos ha caracterizado a los héroes de ambos sexos; es aque- [p. 4] -lla virtud rara que ha cabido en pocos corazones, pero sin la cual ninguno ha sido capaz de grandes cosas, de nobles sentimientos, de

heroicidades, ni de gloria; es la gran virtud que hace señor de sí mismo al que la posee, abriéndole de esta manera el camino de la justa dominación, y excelencia sobre el resto de los hombres; es la virtud propia de un soberano, la que le comunica grandes miras y nobles afectos, y le hace superior a sus pasiones, al odio, a la venganza, sí, al cruel placer de la venganza : en una palabra, es la virtud que ha hecho grande a nuestra vista a María Luisa de Borbón.

¿Y qué? ¿Recorreré yo, para probaros esta verdad, de tanto consuelo para los Españoles, la historia de sus heroicas ac- [p. 5] -ciones desde el momento feliz en que la vimos Princesa de Asturias, objeto de nuestra ternura, y de nuestras más lisonjeras esperanzas? ¡Oh días felices aquellos en que la amable Luisa unida en indisoluble lazo con el justo heredero de la corona de España, la vimos, la admiramos todos derramando a manos llenas sus beneficios! ¡Qué igualdad en la conducta de esta princesa con su pueblo, que la sigue y aclama por todas partes como a un asilo en sus infortunios, una protectora llena de beneficencia, que lleva sus votos al Trono y jamás los deja sin consuelo! El grande y el pequeño, el cortesano y el mísero colono, todos encuentran en Luisa un afecto maternal, una igual acogida, que si alguna vez se diferencia [p. 6] de sí misma, se excede en favor del miserable: corazón grande en el que hallaron, siempre compasivo, abrigo el dolor y la indigencia.

Pero la grandeza de su alma debía probarse en el infortunio. La razón se convence allí de la verdadera magnanimidad del que padece, y la religión santa consagra esta prueba como la más irrevocable.

Luisa de Borbón padece. ¡Ah! Bien sabéis el tormento que afligió su tierno amor hacia su real esposo, y hacia la nación española, cuando, o ve retardados sus deseos de asegurarnos un legítimo heredero de la monarquía, o mira con dolor arrebatadas las primeras prendas de su fecundidad y de nuestra dicha.

[p. 7]

¡Cuál sería el dolor de aquella tierna madre, sobre todo en la pérdida de aquel precioso Carlos, que libre ya de los primeros golpes, con que la naturaleza prueba, y fortifica los individuos que quiere conservarnos, prometía un digno heredero del trono y de las virtudes de su augusto padre! Yo la contemplo oprimida de un peso insoportable de amargura, derramando en secreto lágrimas interrumpidas con los más afectuosos suspiros, y revolviendo en su viva imaginación las ideas más lúgubres y funestas; pero al mismo tiempo la veríais presentarse a su esposo con un semblante sereno que anunciaba la grandeza de su alma superior a los más graves infortunios. No solamente evita con su inimitable tranqui- [p. 8] -lidad las nuevas aflicciones que despedazaban el oprimido corazón del gran Carlos, sino que disipa con sus prudentes reflexiones, con dulces esperanzas, y

con religiosa confianza en la bondad y providencia de su Dios, las nieblas de amargura que le cubren. Su heroica paciencia, su firme tranquilidad triunfan al fin del abatimiento y del dolor, y los dos augustos esposos bendicen la mano del gran Dios que no les aflige sino para probar su constancia, y la magnanimidad de su corazón, pero que les prepara con mano liberal los consuelos, y las riquezas de su beneficencia infinita. La gran Luisa llena los deseos de su augusto esposo, y de los españoles, su fecundidad ha sido el objeto [p. 9] de las más justas aclamaciones, y la monarquía entera resonó en cánticos de alabanza, cuando, multiplicados los sucesores del trono, alejaban de nosotros toda idea funesta, todo temor, toda desconfianza; aunque se renovaron los dolorosos golpes en algunos de los Infantes, en el día nos regocijamos a la vista de un Fernando que nos anuncia ya las virtudes y amabilidad de sus esclarecidos progenitores. El corazón de María Luisa rebosa en justo regocijo a la vista de unas prendas tan queridas y estimables, pero este gran corazón no se desmiente en la felicidad. Esta suele ser el escollo para los corazones débiles, y pequeños, que llenos, fácilmente rebosan en superfluas demostraciones de contento, y dan a conocer [p. 10] la miseria y estrechez de su carácter. Luisa manifiesta la misma inalterable firmeza y tranquilidad en estos felices momentos, que en los pasados de adversidad y de amargura. Da gracias al soberano hacedor por las mercedes que la dispensa, rehúsa festejos, y aclamaciones dispendiosas y pueriles, que degradan la dignidad de su objeto, y esterilizan infructuosamente sumas innumerables para saciar una ostentación vana. Quiere que los templos resuenen en religiosas alabanzas de su Dios, ordena que se destinen al socorro de la indigencia las sumas que otros monarcas, menos grandes, destinaría a una pompa orgullosa, así adquiere nuevos derechos y tierna gratitud de sus vasallos.

Pero nuevas y más terribles escenas [p. 11] se ofrecen a mi imaginación en este momento. Luisa ve sucederse rápidamente calamidades que turbarían un corazón menos magnánimo. La guerra, la guerra, aquel cruel azote que todo lo desola y aniquila, que ataca a un mismo tiempo todos los recursos, todas las fuentes de la felicidad de un estado, que con una mano despiadada y fiera sacrifica al labrador, y con la otra absorbe todas las riquezas de la monarquía, la guerra viene con semblante horrible y sangriento a turbar el tierno y compasivo corazón de María Luisa de Borbón. Cuál os parece sería la aflicción de su alma al oír el terrible decreto que va a introducir la semilla de la desolación en las familias de sus amados vasallos, a exponer sus haciendas [p. 12] y sus vidas, y gravar su existencia política con el peso de la pública necesidad. El rey, el piadoso Carlos, tiembla cuando se ve en la dura pero inevitable necesidad de conservar a tanto precio el decoro de su real nombre y la integridad de sus estados, y la amable Luisa, llena de constancia y de una grandeza de alma que la hace superior a su dolor confirma su real ánimo y disipa con su firmeza la turbación de su corazón piadoso. La idea de la preciosa sangre de sus vasallos que va a derramarse, y de las contribuciones indispensables para los enormes gastos de la guerra no despedazan menos su

benéfico corazón que el de su real esposo; pero, llena de virtud y de grandeza, se hace ver en todo su carácter magnánimo sin [p. 13] pusilanimidad, sin abatimiento, sin desmentir su dignidad. Vosotros la habéis admirado interesándose como afectuosa madre en la suerte de los generosos combatientes, que fieles a la voz de su monarca exponían sus vidas en la frontera del reino. La visteis recibiendo con blanda mano los ruegos de la viuda, y del pupilo, consolando a todos y dando maternales providencias para el socorro de su viudez y de su indigencia. No se arrancó del corazón de sus vasallos un suspiro que desde las provincias más lejanas no penetrase el suyo, pero jamás se desmiente, siempre grande es respetable en los oficios de su misericordia, intrépida cuando parece que se multiplican los objetos de dolor, y superior a los temores [p. 14] y a todos los peligros, su rostro amable y firme hace el consuelo de [] monarca y la alegría de su familia augusta.

El gozo y la gloria suceden al dolor, y a los trabajos, una paz ventajosa enjuga las lágrimas, y templada la aflicción de millones de hombres, un ministro activo, celoso del bien público y de la felicidad de los vasallos del rey, nos proporciona este gran beneficio, cuya transcendencia en bien de la Europa, y de toda la especie humana es reconocida de todos los sabios políticos. Luisa apenas puede contener el gozo que inunda su alma, a la vista del bien y tranquilidad de los Españoles, se derrama en testimonios de gratitud al gran Dios que da la paz y todos sus bienes a los hijos de los hombres.

[p. 15]

Apenas queda en los más remotos países de la monarquía quien no experimente las bondades del monarca por los influjos de su augusta esposa, se alivia el peso de las contribuciones, y por todas partes se bendice la mano bienhechora, pero entre las abundancias del más justo regocijo, Luisa siempre es grande, su majestuosa y grave presencia descubre bien la nobleza de su corazón que no se llena de orgullo en los gozos, como no se abatió en las aflicciones.

De esta manera resplandece el carácter de su magnanimidad, sufriendo con paz y serenidad inalterable los reveses de la fortuna, y recibiendo con dignidad sus benignas influencias. La alternativa de males y de bienes no varía su [p. 16] conducta, siempre es la alegría y apoyo de su real esposo en los infortunios, y su consejera más sabia en los sucesos favorables. Vosotras jamás la visteis sin la circunspección de la reverencia; pero jamás dejó sin alentar vuestra respetuosa timidez, y la confianza y seguridad os acompañan siempre a su augusta presencia. Ojalá el cielo no dilate el consuelo de elogiarla pudiendo presentarla nuestros humildes votos así como su magnanimidad perpetuará su memoria entre los españoles.